JUNTA PÚBLICA

CELEBRADA EN HONRA

del Excmo. é Ilmo. Sr.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo

POR LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

el día 27 de Octubre de 1912

DISCURSOS

de los Sres. D. Joaquín Hazañas y La Rúa

y D. José Bores y Lledó

SEVILLA
Establecimiento tipográfico de A. Saavedra, Rosario 7.
1912



DISCURSOS

de los Sres. D. Joaquín Hazañas y La Rúa

y D. José Bores y Lledó

JUNTA PÚBLICA

CELEBRADA EN HONRA

del Excmo. è Ilmo. Sr.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo

POR LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

el dia 27 de Octubre de 1912

DISCURSOS

de los Sres. D. Joaquín Hazañas y La Rúa

y D. José Bores y Lledó



SEVILLA
Establecimiento tipográfico de A. Saavedra, Rosario 7.
1912

DISCURSO DEL SR. D. JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si D. Marcelino Menéndez y Pelayo no hubiese llevado al cabo en su vida otra empresa que la de "abrir las almas á la esperanza, trayendo á la memoria el espíritu y las facultades de la raza" (1), ello sólo justificaría el duelo nacional que su muerte ha producido en nuestra patria; pero el gran polígrafo, á quien lloramos, hizo más que eso: fué el maestro de una generación, restauró nuestros estudios de investigación, historia y crítica, y constituyó no sólo "una gloria nacional, sino una gloria de la raza; más aún.... la más victoriosa afirmación de la vitalidad perdurable de la misma" (2). Por eso en nuestra patria cuantas entidades se preocupan de la cultura han honrado la memoria de aquel insigne maestro, y por ello, también, nuestra Academia, que es en esta ciudad la más antigua representación de asociaciones literarias, y que tuvo la honra de contar en su seno al eximio escritor de quien tratamos, como académico correspondiente un tiempo, como preeminente más tarde y como Presidente de su

Comisión permanente en Madrid, por último, no podía dejar de hacerlo sin faltar á uno de sus más elementales deberes.

Pero Menéndez y Pelayo tenía, á más de lo dicho, otro título especial á nuestra consideración: el gran cariño que profesó siempre á nuestra región, su amor á Sevilla, la ciudad que, fuera de aquellas de su habitual residencia, visitó unas veces en su vida. Acaso hubiese en ello alguna oculta simpatía, ó como él escribió á otro propósito, "cierto misterioso instinto de raza, que á los montañeses, más que á los otros castellanos, nos aclimata facilmente en Andalucía, y aún nos hace considerar como prolongación de nuestras ásperas breñas y costa inclemente, los cálidos vergeles del valle del Guadalquivir, tantas veces regados con la sangre de nuestros padres, y los puertos de la feliz Tartesia, que ellos arrancaron á la morisma y donde perpetuaron su sangre" (3). Ello es que D. Marcelino, parco siempre en epítetos, no se cansa de hablar de "la atmósfera regalada y dulcísima de la Bética" (4), "de la gentil y hospitalaria Sevilla" (5), "rica y hermosa ciudad y paraíso de deleites" (6), y se entusiasma con nuestras grandes figuras, declarando merecer San Isidoro "cuantos elogios caben en lengua humana" por haber compendiado todas las materias que pueden ejercitar el entendimiento humano, "desde el abstruso océano de la teología, hasta los instrumentos de las artes mecánicas y suntuarias, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en la pared" (7), calificándolo de "entendimiento el más sintético, universal y prodigioso de su siglo" (8) y llegando á decir de él que "fué en algún modo el Santo Tomás de su época" (9); todo elogio le parece pequeño para aquella "monarquía científica de Alfonso X, nuevo Salomón cris-

tiano, por quien la sabiduría desciende del trono para aleccionar á las muchedumbres en modo y estilo oriental con los preceptos de una cierta filosofía regia" (10). Se extasía viendo como "Dante hace su entrada triunfal por el río de Sevilla en compañía de su fidelísimo Micer Francisco Imperial" (11); declara cómo la aparición "de la gloriosa y nunca extinguida escuela lírica sevillana" es "el primer albor de la poesía del Renacimiento" (12); reconoce que nuestro *divino* Fernando de Herrera "como poeta sólo cedía á Fr. Luís de León" (13); llama á la tertulia de Francisco Pacheco "colonia romana y ática, que los Céspedes, los Mal-Laras y los Herreras habían trasplantado á la Bética (14); proclama á D. Juan de Arguijo "rey de los sonetistas castellanos" (15) y llama á Baltasar de Alcázar "el gran cincelador de la redondilla castellana" (16), "el inmortal artífice de redondillas que con sus donaires ennobleció la taberna" (17) y "por quien la sal andaluza no tuvo que envidiar á la sal ática recogida en el mismo mar donde nació Venus" (18).

Jamás escatimó elogios á la "autonomía científica y literaria de Sevilla" (19), ni á su "movimiento bibliográfico" (20), y recordando á esta ciudad, escribía en uno de sus últimos trabajos estas palabras: ".... cuando yo frecuentaba en los alegres días de la mocedad las márgenes del *gran Tartesio río*, región predilecta de nuestras musas castizas, y tan dulce y deleitosa por su natural belleza, que á ella, más que á Vanafro ó á Tarento, parece que cuadra el

Ille terrarum mihi prœter omnes
Angulus ridet....

de mi predilecto poeta latino" (21).

Era que Menéndez y Pelayo no podía olvidar lo

mucho que aquí se le quería, ni que aquí, siendo casi un niño, mientras estudiaba en la Biblioteca de nuestro Cabildo Catedral, vulgarmente llamada Colombina (22), los códices la *Fuente de la Vida*, de Gabirol (23) y el tratado *del Amor*, del *Tostado*, escribía sus primeras poesías amatorias (24). Así, cuantas veces acudieron á él los sevillanos, ya para que viniese á inaugurar un curso en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, hablando de San Isidoro, ya para prologar las obras del gran cantor de *las ruínas de Itálica*, Rodrigo Caro, ó las del Padre Pedro de Quirós, para dirigir la edición de las de D Francisco de Quevedo, que emprendieron los *Bibliófilos Andaluces*, ó para que dejase oir su portentosa palabra en el Certamen con que se conmemoró el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática del Misterio de la Concepción Inmaculada de María, siempre se mostró propicio, siempre accedió á los deseos de Sevilla y puso á su servicio su privilegiada inteligencia.

En atención á todo ello celebró nuestra Academia, en tiempo oportuno, solemnes honras por el alma del gran polígrafo, y en ellas oimos la elocuente palabra de nuestro ilustre compañero D. Rafael González Merchant, que hizo el justo elogio del eminente escritor, cantando sus glorias de católico, reservando para el día de hoy el cantar sus glorias de sabio Habeis echado, señores Académicos, sobre mis hombros esta pesada carga, ignoro por qué; acaso por ser yo el más antiguo de los que aquí, en esta Academia, nos honramos en haber sido sus discípulos, y ser "aquí y en todas partes uno de los admiradores más convencidos de las privilegiadas dotes de su ingenio" (25). Mas sea cual fuere la causa, ni vuestro mandato, ni el glorioso recuerdo

del muerto ilustre cuya memoria venimos á conmemorar, consienten excusa por mi parte. Conste sólo mi temor de no corresponder dignamente al honor que se me dispensa, y de no acertar á delinear aquella gran figura cuya obra gigante "constituye quizás, el mayor monumento literario legado á la posteridad por el genio latino moderno" (26).

Inmensa fué la labor científica y literaria de don Marcelino Menéndez y Pelayo: no haré yo aquí su bibliografía, porque sobre no ser oportuno el momento, sería ofender á tan ilustrado auditorio; pero sin pretender hacer el catálogo de sus obras, forzoso será decir algo de las principales, aunque entre ellas no cabe la distinción de mayor y de menor importancia, pues todas, aun las más breves, son importantísimas y todas hay que tenerlas en cuenta; en todas hay materia abundantísima de enseñanza, porque, como dijo muy bien su propio autor, refiriéndose al príncipe de los oradores romanos, "de la mesa de los próceres de la inteligencia pueden recogerse hasta los despojos y relieves, y bastan ellos para alimentar y enriquecer á los que saben y pueden menos" (27).

No existe un estudio completo y acabado, que pudiéramos decir definitivo, de las obras del gran polígrafo, pero sí muchos tanteos ó esbozos de este trabajo, variando muchos unos de otros en el intento de clasificación de sus obras. Unos, como el P. Portillo (28), las consideran en tres ciclos ó períodos: sus primeros trabajos en artículos de periódicos ó revistas y en poesías

ya originales ya traducidas, sus discursos, prólogos y obras, bien propias, bien ajenas, publicadas ó anotadas; y obras completas, edición refundida y revisada por el autor, de que sólo dos volúmenes han visto la luz pública. Otros, como el agustino Fr. Restituto del Valle Ruiz (29), establecen tres grupos: estudios de crítica literaria y filosofía; historia literaria nacional y eclesiástica; y trabajos de bibliografía, polémica y poesía. Algunos, como el P. Astraïn (30), distinguen el trabajo del erudito, el del historiador y el del crítico, y González Blanco (31) divide la labor del escritor en seis grupos: de polémica, de Academia, de poesía, de crítica, de historia y de erudición. Mas á todas me parece superior la clasificación de uno de sus discípulos predilectos, nuestro correspondiente y muy querido amigo y compañero mío D. Ramón Menéndez Pidal (32), quien prescindiendo de géneros literarios y de carácter de los escritos, las clasifica, relacionándolas con la vida del autor, que divide en cuatro períodos: primera juventud, de los veinte á los veinticinco años, período de lucha y polémica, en que brotan de su pluma, entre otras obras, *La Ciencia Española* y la *Historia de los Heterodoxos Españoles;* segunda juventud, de los veinticinco á los treinta y cinco años, época á la que corresponden la *Historia de las Ideas Estéticas en España;* de los trienta y cinco á los cuarenta y cinco, período de fecundidad asombrosa, de producción fácil y llena de frescura, en que aparecen la *Antología de poetas líricos castellanos* y los *prólogos á las Obras de Lope de Vega;* por último, período del pleno desenvolvimiento de sus facultades, que abraza los últimos diez años de su vida y al que corresponde el portentoso estudio *Orígenes de la Novela en España.* Paréceme mejor este sistema, porque no es indiferente para juzgar una

obra tener en cuenta la edad y condiciones de su autor, pues como dijo D. Marcelino, "tiene el ingenio, como el cuerpo, sus períodos de infancia, juventud y virilidad: no madura la fruta en un momento, ni se llega de un salto á la perfección que cabe en lo humano. Ni el atleta ni el vencedor en el estadío ó en la cuadriga obtienen la corona ni llegan á la ansiada meta sino después de mucha labor y ejercicio; y ya nos advierte Horacio que el *citharedo* de los juegos Píticos debe sudar y trabajar mucho cuando niño" (33).

Los libros y escritos de Menéndez y Pelayo son tantos, que no parecen obra de un sólo hombre, sino de una legión, no de una sola inteligencia, sino de toda una época: es una labor de titán Desde su principio se extendió en varias direcciones, como manantial abundantísimo que puede con su fraccionamiento dar origen á varios ríos, mostrando en esto uno de los rasgos más españoles de su fisonomía, tan española en todo y tan semejante á las de Raimundo Lulio, el Tostado, Suárez y Lope de Vega: "aquí en España", y son palabras suyas, "la fuerza se ha manifestado siempre por la abundancia, y, en vez de concentrarse en una obra maestra, se ha desparramado en infinitas" (34). Mas á todos sus trabajos, aun á los que al parecer corren en contrarias direcciones, únelos una nota común, característica de todos, especie de sello con que los marcó su autor estampando en ellos su garra de león: su españolismo, su amor á la patria cuya restauración y cuya defensa contra los ultrajes de los extraños, y, lo que es más doloroso, de sus propios hijos, fué el constante anhelo de la vida de aquel coloso.

Este amor á España fué uno de sus grandes amores, pero no entendiendo por España el Estado espa-

ñol, sino "toda la península ibérica" (35), habitada por "pueblos de una misma raza y de análogas tradiciones, aunque tengan diversa historia y lengua" (36); para él Portugal no era sino un *reino* al modo de los de la edad media, no una *nación* en el sentido etnológico (37); tan española consideró siempre á la lengua castellana como á la catalana ó á la portuguesa (38). El nombre de España fué para él siempre una expresión geográfica: Portugal y cualquiera de las otras regiones de la península, son y serán tierra española, decía, "aunque Dios las desgaje del territorio peninsular, y la haga andar errante, como á Delos, en medio de las olas" (39). Amó entrañablemente las lenguas de la península, que hablaba á la perfección, y molestábale que los peninsulares acudiesen, para entenderse, á cualquiera lengua extranjera, sobre todo, á la francesa, que, "sin dejar de ser la lengua de muchos sabios, es para la mayor parte de los tontos españoles y ultramarinos la lengua sagrada, la lengua por excelencia" (40). Porque "en España", escribía Menéndez y Pelayo, de quien son las anteriores palabras (41), "cualquier librejo escrito en francés pasa por un quinto evangelio (sin que en esto haya diferencia entre los literatos modernistas y los devotos de buen tono)", pues "hoy", exclama en otro de sus escritos, "que hasta el catolicismo nos lo traducen de París, las cosas han cambiado mucho, y los españoles nos encontramos extranjeros en nuestra patria" (42). Este amor á España lo extendía Menéndez y Pelayo á toda la raza latina, de cuyo gran valor mental tenía plena conciencia y á la que se gloriaba en pertenecer, considerándola muy superior á las razas del norte de Europa. "La civilización peninsular es romana depies á cabeza con algo de semitismo: nada tenemos de teutónicos, á Dios gra-

cias" (43), escribe en una de sus obras: "Yo soy latino" exclama arrogantemente en su inmortal *Epístola á Horacio*, como quien cifra en serlo un título de gloria.

El deseo de defender á España ultrajada, de vindicar su gloria, negada por algunos, dió origen á *La Ciencia Española*, "libro de polémica" y "colección de artículos de Revista" (44), "evocación de nuestro pasado científico y literario, ejecutado magistralmente" (45). A un impulso análogo obedeció la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, cuyo pensamiento capital sintetizó su autor en estas palabras: "El genio español es eminentemente católico: la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera" (46), porque, como añade en otro lugar: "el genio español muere y se ahoga en las prisiones de la heregía, y sólo tiene alas para volar al cielo de la verdad católica" (47). En esta obra, la más solicitada por el público de todas las de su autor, pero no la más estimada por él (48), planeada antes de los veinte años de edad, y llevada á feliz término poco después, realizó Menéndez y Pelayo una heróica empresa, "atravesando el lodazal de los errores ajenos, sale de él, como el sol, incólume y sin mancha", como dijo el inolvidable D. Aureliano Fernández Guerra (49)

En esa misma obra, al narrar "*sine ira et studio* la triste historia del error entre las gentes peninsulares" (50), esbozó el doctísimo escritor el concepto de la Historia, que había de ampliar en libros posteriores y de embellecer al considerarla como obra artística en el discurso de recepción en la Real Academia de la Historia Para él "las leyes de la historia son inflexibles: es preciso decir la verdad entera" (51); "nada hay más santo que la verdad" (52); ante todo obliga el respeto á la verdad histórica.... los perpetuos panegíricos no sir-

ven en la historia sino para alejarnos de la verdadera comprensión de los grandes sucesos y del espíritu de los tiempos" (53). La historia es la filosofía de lo relativo y de lo mudable .. Estudiemos desapasionadamente lo que fué, y cuantas menos anticipaciones llevemos á aquel estudio y menos nos preocupemos de su aplicación inmediata, más luces encontraremos en él para columbrar lo que será ó debe ser" (54). "La historia recoge en todas partes las palpitaciones de la vida, y puede descender á todos los lodazales sin mancharse" (55). "Investigadores históricos puede y debe haber siempre en una nación; grandes historiadores los habrá cuando Dios sea servido concedérseles", (56) y él fué indudablemente uno de estos últimos.

Es *Horacio en España* un capítulo de la historia del humanismo español (57), vasta concepción de Menéndez y Pelayo, en la que entraban muchas de sus obras publicadas, y otras que quedaron inéditas ó acaso no pasaron de un esbozo. Era esta obra una de las más estimadas de su autor, por ser "el primogénito de sus trabajos" (58), pasatiempo de estudiante que busca solaz en la bibliografía, rendido y fatigado por las arideces de algunas enseñanzas (59). Horacio fué para él siempre el modelo, claro es que salvando sus ideas paganas, porque en este punto no cabe dudar, D. Marcelino es muy explícito: la poesía moderna, para él, debía ser "espíritu cristiano y forma de Horacio, la más perfecta de las formas líricas" (60). De aquí nació su admiración, su cariño, su casi culto al príncipe de los líricos castellanos, Fr. Luís de León, cuyas obras, que sabía de memoria, leía y releía y anotaba tan copiosamente, que más de un ejemplar hubo de ser renovado por no caber en sus márgenes las apostillas é indicaciones; poeta de

quien escribía nuestro polígrafo: "el que no le sepa de memoria, apréndale y medítele de contínuo, que cada día hallará nuevas ocasiones de deleite y de asombro" (61).

Entre las obras producidas por Menéndez y Pelayo en la época que me he atrevido á llamar segunda juventud, sobresale la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, calificada por su autor de "una colección de materiales para escribir la historia de la ciencia de la belleza en general, y más especialmente de la belleza artística entre nosotros.... un capítulo de la historia de la filosofía en nuestra península" (62): "No es libro de estilo, sino de investigación" (63), y puede considerarse también como "una introducción general á la historia de la literatura española" (64) ¡Lástima que el insigne crítico no pudiera terminar este trabajo y nos falte la historia de nuestra estética en el siglo XIX! Un docto escritor (65) ha dicho de este libro: "Esta obra monumental, que tanta falta hacía en nuestra literatura, creo yo que no pudo nacer hasta que hubo un cerebro de amplitud y cultura bastante á producirla".

Dos obras, "cada una de las cuales bastaría para llenar una vida" (66), la *Antología de poetas líricos castellanos*, y los prólogos á las *Obras de Lope de Vega*, corresponden al tercero de los períodos enunciados. Forma la primera una verdadera historia de nuestra lírica, que desde los orígenes de la lengua castellana debía abarcar hasta nuestros días; pero que la muerte del gran polígrafo ha dejado interrumpida en Juan Boscan. La segunda, tampoco terminada, pues sólo abraza XIII volúmenes, es muestra brillantísima de la portentosa erudición y vasto saber de Menéndez y Pelayo, que nos muestra en ella la historia completa de

los argumentos del fecundo Lope, antes de él, en sus obras y en las de sus discípulos y imitadores. Fruto de este período es también la *Antología de poetas hispano-americanos,* obra nacida por acuerdo de la Real Academia Española para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América (67), con el que "inició antes que otra corporación alguna, la aproximación intelectual de España y de las repúblicas de la América española" (68). Es de todas las obras del sabio maestro "la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa á muy poca gente, á pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y de banquetes de confraternidad" (69).

A los últimos diez años de la vida del eminente polígrafo, en los que alcanzaron pleno desarrollo las cualidades del eximio escritor, pertenecen muchas publicaciones, descollando entre ellas los *Orígenes de la novela en España*, obra importantísima, mucho más interesante de lo que su título indica, con indicar ya bastante.

Sólo de pasada, que temo ya cansaros, citaré sus muchos trabajos impresos sueltos, como discursos, estudios y prólogos, los más de los cuales reunió en cinco volúmenes con el título de *Estudios de crítica literaria*, y uno con el de *Estudios de crítica filosófica,* quedando fuera de esta colección muchos escritos que ansiamos ver reunidos en la edición de sus obras completas. Labor de toda su vida fué la *Biblioteca de traductores castellanos,* ó *Bibliografía hispano-latina clásica,* de la que hay publicados varios artículos sueltos y casi un volumen de la redacción definitiva (70). Imposible dejar de mencionar sus poesías, ya originales, ya traducidas. Pero: ¿Fué Menéndez y Pelayo poeta? Cierto que es este uno de los

títulos que más se le han regateado, porque, como es sabido, para la mayor parte de la gente, el que descuella en un ramo del saber, sólo en aquello puede ser un genio, y deber ser una medianía, sino una nulidad, en lo demás. Quien quiera saber si Menéndez y Pelayo fué poeta, si sabe sentir, lea sus poesías, y quien del criterio de la autoridad se fíe, oiga á D. Juan Valera, quien decía, que D. Marcelino fué académico de la Española, "más que por erudito, más que por gramático, más que por humanista, aunque estas condiciones lo hacían idóneo para ser académico... por poeta" (71), y si aún le parece poco, lea lo que él mismo dijo hablando de su *Elegía en la muerte de un amigo*: "Léala quien tenga alma, y su voz se pondrá trémula, y las lágrimas se agolparán á sus ojos. Pero no serán lágrimas amargas, sino rocío fecundo en esperanzas celestiales, en santa resignación, en melancólica dulzura y en optimismo cristiano" (72). Sólo quien sea verdadero poeta, podrá producir en nosotros estos efectos.

De propósito, y pasando como sobre ascuas por algunas obras de nuestro escritor, he omitido cuanto pueda relacionarse con sus opiniones filosóficas, porque de ello os hablará voz más autorizada que la mía, la de quien hoy dirige esta Academia, cuyas puertas le abrió su estudio, aquí premiado, de Fox Morcillo, filósofo sevillano muy admirado de D. Marcelino. En que no sea yo quien trate este punto ganaremos todos, y sobre todos el gran polígrafo; mas habeis de permitirme que ligeramente me refiera á una cuestión que, aunque en el fondo es de historia y de crítica, se relaciona con la filosofía. "El único timbre de que me envanezco", escribía Menéndez y Pelayo (73), "es el de haber puesto el hombro á la tarea de reconstrucción de nuestro pa-

sado científico, y especialmente, haber traído alguna piedrezuela al edificio de la historia de nuestra filosofía". Porque fué en él idea dominante, que nunca abandonó y por la que riñó señaladas batallas, la de probar la existencia de una filosofía española, empeño que mostraron siempre también otros hombres ilustres: D. Gumersindo Laverde, D. Francisco de Paula Canalejas, D. Federico de Castro, y mantiene hoy mi amigo y compañero D. Adolfo Bonilla y San Martín, todos cuatro, como Menéndez y Pelayo, catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras. Séame, pues, permitido reivindicar este honor para mi Facultad, cuyo título académico profesional fué el único que ostentó don Marcelino, que se preciaba de ser su hijo y que sostuvo que á ella se debía la difusión en España de muchas verdaderas y legítimas conquistas del espíritu moderno, "aunque muchos lo ignoran y otros afectan ignorarlo" (74).

No fué Menéndez y Pelayo orador; al romper á hablar tartamudeaba aquella argentina voz, acaso, como ha dicho un gran orador (75), "porque eran tantas las ideas que bullían en su cerebro, que se precipitaban como un torrente, golpeando á las puertas de la sensación de la palabra"; ya veremos el concepto que tenía de la oratoria: la palabra no fué nunca para él "blanda y esponjosa materia, sino roca áspera y dura" (76); pero, los que una vez le oyeron, no olvidarán nunca aquella palabra en la que fluían los conceptos, las ideas, las paregrinas noticias, como las gotas de agua en una fuente, sin grandes adornos, que no usó nunca, ni hablando ni escribiendo, pero con una conformidad tan absoluta entre el pensamiento y su expresión, que bien pudo hacer suyas aquellas palabras de Juan de Valdés: "Escribo

como hablo; solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque, á mi parecer, en ninguna lengua está bien la afectación“ (77). Porque, como decía el mismo D Marcelino, “la idea y la frase... no son como el cuerpo y el vestido, sino como el espejo y la imagen“ (78). Su estilo fué “severo, magestuoso y armónico (como los pliegues de una túnica antigua)“ que ha dicho González Blanco (79), estilo que nadie ha pintado mejor que nuestra paisana, la ilustre escritora Blanca de los Ríos, al decir que era “alma difusa y belleza respirable, que pegaba á los labios de sus lectores sabor espiritual“ (80).

Reconociendo, como reconocía, que “todo español, en la ciencia, en el arte, y hasta en la vida política, es improvisador por naturaleza“ (81), fué siempre enemigo de improvisar: “aborrezco la improvisación en toda clase de asuntos“, escribió (82); tengo de la oratoria (aun admirando á los grandes oradores), una idea muy aproximada á la que Kant mostró alguna vez, diciendo de ella “que era el arte de tratar frívolamente las cosas graves, y por tanto, arte inferior al de la poesía, que tiene la virtud de tratar gravemente las cosas frívolas“. Hasta la improvisación poética le parecía “estéril ejercicio.... pésima escuela“ que “á la larga vicia y echa á perder las mejores naturalezas... flor de una aurora que se deshoja á la siguiente“ (83).

Pasma la erudición que en sus libros está atesorada, y hay que considerar que en las obras de erudición sólida y de primera mano, como son las de Menéndez y Pelayo, “con ser tanto lo que sale á la superficie, es incomparablemente mayor el trabajo que no se ve y que el hábil escritor disimula: las horas más ó menos sabro-

samente perdidas en inútiles pesquisas, en tanteos y lecturas previas, en concordar opuestos testimonios y exprimir el jugo á los más inconexos documentos", como él dijo (84), hablando de otro investigador Mas don Marcelino tenía temperamento de erudito, y así pudo decir: "No he retrocedido ante ninguna lectura, por árida que pareciere, y tengo mi orgullo en afirmar que hay páginas de esta obra—(la *Historia de las Ideas Estéticas en España)*—que me han costado el estudio de volúmenes enteros, sólo para descubrir en ellos alguna idea acerca de la belleza ó del arte" (85). Bien es verdad que "los modestos cultivadores de la erudición", como él decía, "encuentran en ella goces íntimos mil veces superiores á todos los halagos de la vanidad y de la fama" (86), y sólo así se comprende que haya eruditos, que es algo como remar contra la corriente, porque "la erudición anda tan desvalida en España, que, más que recomendación para nadie, una es especie de sambenito", sin que falte quien considere á los eruditos como "una casta de hombres ociosamante entretenidos y aún perjudiciales á la república", como dijo nuestro escritor (87)

Nota característica de las obras de Menéndez y Pelayo es la amenidad: materias de las que huye la generalidad de los lectores han sido leidas porque él las trató en sus libros, y eso en virtud de su amenidad, que alcanzó "por precioso don del cielo y por obra de su estudio" (88), como ha dicho nuestro Rodríguez Marín. Esta nota campea en todas sus obras, aún en aquellas más eruditas y, al parecer opuestas á este carácter, cual es la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, algunas de cuyas páginas son de las más bellas que escribió:

¡Dichoso el peregrino milagroso
que, convirtiendo en rosas las arenas,
al cruzar el desierto, floreciόle!

ha podido decir de él con razón un poeta (89).

Uno de los lugares comunes más frecuentes al hablar de Menéndez y Pelayo es el ensalzar su portentosa memoria, pero con silencio absoluto respecto de su poderoso entendimiento, como si la memoria, por sí sola, no fuera la facultad esencial de los tontos. Su memoria fué tan portentosa como su talento y como potente fué su voluntad; ya en los comienzos de su vida de escritor, se admiraba D. Alejandro Pidal de esa memoria "colosal, fácil y tenaz como que conserva estereotipado", dice, "para siempre lo que fugazmente atravesó por delante de los ojos y de los oídos" (90). Pero no es con sólo la memoria con lo que se realiza una labor de titanes como la suya; bien lo sabía él y hermosamente lo expresó cuando decía: "Hay quien pondera la *memoria* de los que se dedican á estas cosas—(los trabajos eruditos),—como si de *memoria* pudiera escribirse una sola página de erudición sin caer en tantos dislates como renglones.... No la memoria sino el documento vivo y presente, y la voluntad férrea y tenaz para buscarle, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la severidad científica de método, unida á cierta especie de imaginación retrospectiva, es lo que conduce al hallazgo de la verdad histórica" (91).

Gustaba de estudiar las cosas en sus fuentes; no desdeñaba la opinión ajena, pero profesaba el principio de que "nadie sabe de verdad sino lo que por propio esfuerzo ha adquirido y averiguado, ó libremente se ha asimilado. Descansar sobre el fruto de la labor ajena,

por excelente que ella sea, parece indigna servidumbre" (92). Por eso, buscando los orígenes de nuestra cultura, profundizó tanto en las clásicas, que, con razón, pudo decir de él un crítico: "de tal manera conoce la antigüedad, que no parece que ha leido los textos griegos y romanos, sino que los ha vivido" (93). En cuantos asuntos ya históricos, ya críticos, ya literarios puso su mano, parece como que los vinculó para que nadie pudiese volver á tratarlos, por haber dicho él la última palabra. "Cuando él aplica sus portentosos talentos y su inmensa erudición á dilucidar un tema—ha dicho el señor Avilés (94),—lo recorre y lo profundiza de modo tal, que ilumina con luz meridiana sus senos más recónditos, fijándolo y agotándolo por completo". "Imposible vadear un río después que él lo ha cruzado—ha dicho más recientemente González Blanco (95),—en todas las márgenes queda impresa la huella de sus pisadas".

Pero, "libro principal entre cuantos escribió, que no anda en letra de molde, es—como ha dicho gráficamente D. Antonio Maura,—la misma vida del escritor" (96).

Desde niño mostró sus no igualadas aptitudes é hizo exclamar á su paisano *Juan García,* ó sea el insigne poeta Amós de Escalante, estas palabras: "Mostrar el juicio antes que el bozo; acreditarse de sabio no habiéndose despedido aún de escolar; apurar la erudición sin consumir los años; adelantarse al tiempo sin saltar edades ni abreviar la vida; dar el fruto á par con la flor; hacerse el pensamiento con la seguridad, y fir-

meza, y sazón de su virilidad y madurez. en medio de las lozanías y calor de la primavera; tener de hombre el ánimo, la cordura, los propósitos y el discurso, conservando de niño el corazón, y su nobleza, y sus ambiciones, y sus abandonos; si no es señaladísimo favor de la Providencia, merece tenerse por asombroso esfuerzo y raro testimonio del poder desconocido de la Naturaleza" (97). A los veintiún años de edad empezó su vida de publicista "sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros" (98), y al término de su carrera, "por temperamento, por hábito, por experiencia de los hombres, buscaba su independencia en el retiro y gustaba más de conversar con muertos inmortales que con fantasmas vivos" (99). En el curso de esta vida presenció, son sus palabras, "el lento suicidio de un pueblo que engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y, corriendo tras vanos traspantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu que es el único que ennoblece y redime á las razas y á las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado; escarnece á cada momento las sombras de sus progenitores; huye de todo contacto con su pensamiento; reniega de cuanto en la historia los hizo grandes; arroja á los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía" (100). Contempló "el raudal de la barbarie naturalista y efectista que, después de todo, no es más que una de tantas plagas con que la justicia divina visita á los siglos y á las razas degeneradas" (101); comprendió "la

necesidad de romper con el estilo incoloro, con el vocabulario pobrísimo, con la amanerada sintaxis, mal traducida del francés, con que escribieron la mayor parte de nuestros prosistas del siglo XIX" (102); se entristeció al ver "la generación que hoy crece, marchita de voluntad antes de haber vivido, y enferma de excepticismo antes de haber pensado" (103), y ante este cuadro desolador, "á falta de grandezas que admirar en lo presente, tomó sobre sus flacos hombros la deslucida tarea de testamentario de nuestra antigua cultura" (104) Mas no creais por esto que fué un pesimista, no; en su ánimo no entró jamás "esa apocada y vil tristeza" (105); en su vida, como en sus libros, "vive la triunfante alegría del Renacimiento español" (106),

Siendo su saber tan grande, su modestia no fué menor: "No rehuyo, antes bien, busco el parecer y consejo de los que más saben. Dénmele de buena fe, que sinceramente le pido", decía en 1877 al firmar en Bruselas el *Discurso preliminar* de la *Historia de los Heterodoxos Españoles;* y en uno de sus últimos escritos no se consideraba sino como "un humilde profesor de letras humanas" (107). "Yo no me avergüenzo de las pocas cosas que he llegado á saber; me avergüenzo, sí, de las muchas que ignoro", escribió en otra ocasión (108). Nunca se tuvo por maestro, sino por compañero de sus discípulos (109), y siempre se consideró como "estudiante perpetuo de lo mismo que pretendía enseñar" (110). Siendo, como es, asombroso el saber popular que encierra su *Tratado de los romances viejos*, él solo se atreve á calificarse de "folklorista de ocasión" (111), y pasmando el ver lo que había penetrado en las ramas del saber que tienen por campo las edades remotas del género humano, vemos que él se consideraba "bastante foras-

tero en ellas" (112). Jamás se cuidó de la reputación literaria, que calificaba de "vanidad de vanidades y aflicción de espíritu" (113). Era, en fin, como gráficamente ha dicho su hermano, "la única persona que no conocía la existencia de Menéndez y Pelayo" (114).

Su generosidad no tuvo límites: su clara inteligencia, su vasto saber estaban siempre á merced de todo el que demandaba sus auxilios. Con sus consejos é indicaciones, acaso haya hecho más por la cultura patria que otros con muchos volúmenes. No perteneció "á aquel género de eruditos que guardan sus noticias cual tesoro de avaro" (115); antes bien, comunicó sus grandes conocimientos á cuantos á él acudieron, "con la generosidad que enaltece siempre al verdadero mérito y á la erudición sólida" (116). "Tuvo la ambición de todo saber, pero no la avaricia de ninguno", como él dijo de Moreno Nieto (117).

Su profundo amor al estudio le hizo huir siempre de exhibiciones y de pasatiempos; acaso pudiera haberse dicho de él lo que él escribió de Balmes: "fué esquivo en el trato de las gentes, pero pródigo en la intimidad de sus verdaderos amigos" (118); acaso pudiera habérsele llamado huraño, pero "noblemente huraño, es decir, apartado de las ambiciones y esquivo siempre para las esplendideces y las munificencias del poder", como dijo acertadamente el señor Canalejas en el Senado al darse cuenta de su fallecimiento (119).

En sus primeras controversias, cuando sólo contaba veinte años, no es extraño que fuese algo duro, nunca descortés en el ataque á sus adversarios, y acerca de ello dijo más tarde: "Si algún día en los hervores de la primera mocedad, traspasé algo los límites de la moderación en las controversias, hoy me pesa de ello

y no quiero contribuir, en poco ni en mucho, á la propagación de los perversos hábitos literarios que van haciendo incompatible el oficio de escritor con el de persona culta y bien criada" (120); y en otro lugar: "es tal mi respeto á la dignidad ajena; me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende á zaherir, á mortificar, á atribular un alma humana, hecha á semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aún la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigno de quien se precie del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano" (121)

Muchas veces se le acusó de intolerante, y ciertamente sin motivo, es decir, fué, como él dijo de Balmes, "tolerante y benévolo con las personas, pero inflexible con el error" (122). "Respetó siempre la opinión ajena, pero no ocultó jamás la propia", como ha dicho hace poco tiempo un periódico (123). Porque "la llamada tolerancia", escribió Menéndez y Pelayo, "es virtud fácil; digámoslo más claro: es enfermedad de épocas de escepticismo ó de fe nula. El que nada cree, ni espera en nada, ni se afana y acongoja por la salvación ó perdición de las almas, facilmente puede ser tolerante. Pero tal mansedumbre de carácter no depende sino de una debilidad ó eunuquismo de entendimiento" (124). Mas esto lo escribía nuestro sabio maestro tratando de creencias; cuando de otras materias se trataba, le oimos exclamar: "El celo intemperante es siempre mal consejero Dios hace salir el sol de la ciencia y del arte sobre moros, judíos, gentiles ó cristianos, creyentes ó incrédulos, según place á sus inexcrutables designios; y no es indicio de piedad, sino de orgullo fa-

risáico, pretender para los cristianos, por el mero título de tales, la posesión exclusiva de aquellos dones del orden natural que no son incompatibles con el error teológico, ni aún con la voluntaria ceguedad del espíritu degenerado que se empeña en arrancar de sí propio la noción de lo divino" (125).

Desde la aparición de sus primeros escritos "le siguieron por todas partes los laureles y los honores, aunque á veces no dejaron de punzarle los abrojos", como ha dicho un escritor (126). Desde neo-católico, inquisitorial, defensor de instituciones bárbaras (127), soñador, erudito indigesto, falto de criterio y de ciencia, que de los libros sólo conocía los tejuelos (128), apenas hubo denuesto que no le dirigieran, hasta decir que sólo sabía el número de ediciones, lugar y fecha de impresión, condiciones tipográficas y otros detalles estéticos de las obras que mencionaba, pero no que había leido en sus fuentes originales cuantas obras citaba en sus libros (129); que aspiraba más á citar muchos autores que á estudiar concienzudamente sus doctrinas; y, que con ligereza de bibliógrafo, sólo desfloraba alguna idea de los libros que conocía, sin detenerse á estudiarlos en su fondo (130). Los autores de estas frases, si viven, se habrán arrepentido seguramente de la ligereza con que escribieron esas especies que ni contestación merecen. De sus versos se dijo que eran pocos inteligibles y atiborrados de doctrina, mas á los que tal digan, podemos contestar con don Juan Valera aquellas palabras que Cervantes puso en boca del cura dirigiéndose al barbero: "Ni aun fuera bien que vos le entendiérades" (131). De la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, no sabiendo qué reparo oponerle, se afirmó que no era una historia, sino una serie de monografías: "Nada perdería con eso si ellas fuesen

buenas", contestó su propio autor (132). De las *Antologías de poetas líricos castellanos* y *de poetas hispano-americanos*, que es antiartística la forma de prólogos en que están escritas (133) Hasta se le ha señalado como un defecto que sus libros abarquen más de lo que indican sus títulos ó portadas; que da más de lo que ofrece siendo así, por ejemplo, su *Historia de las Ideas Estéticas en España* casi una historia literaria y artística universal (134).

Imposible parece que un hombre, todo bondad, como D. Marcelino, tuviese desafectos y hasta enemigos; y los tuvo sin embargo, que hay hombres para quienes el mundo se encierra en ellos mismos y que se ofenden "con el ligero descuido de no contestar á una carta ó de no acusar á tiempo el recibo de algún libro" (135). Aspiró á pocos puestos que de él hubieran recibido honor, y no le faltaron contradicciones. Es hecho singular y curioso que habiendo de proveerse en nuestra Facultad de Filosofía y Letras varias categorías puramente honoríficas y figurando entre los aspirantes D. Marcelino, catedrático hacía ya muchos años, pero que no se había cuidado de presentar sus libros al Consejo de Instrucción pública, fué descartado *por no tener obras*, y pospuesto al autor, en colaboración, de un libro de trozos clásicos latinos. Hasta la presidencia de la Real Academia Española se le negó, quizá no encontrando en él la necesaria *categoría social*, caso análogo al que le ocurrió, en 1795, á su paisano el bibliotecario D. Tomás Antonio Sánchez, que fué suplantado en la presidencia de la Academia de la Historia por un Duque de la Roca, "personaje enteramente desconocido en la república de las letras" (136). Bien pudo consolarse de ello el gran polígrafo: la inmensa mayoría de los españoles le de-

mostró que si no presidía de hecho aquella Academia, presidía de derecho toda nuestra cultura, y pudo decir con Cervantes: "adonde quiera que yo me siente, será vuestra cabecera" (137).

Mezquina compensación á estos ataques é injusticias, le ofrecieron sus admiradores, amigos y discípulos rindiéndole tres homenajes: uno 1899 con motivo del vigésimo año de su profesorado y por haber sido nombrado Director de la Biblioteca Nacional; otro en 1906, al ser derrotada su candidatura para la presidencia de la Real Academia Española, y un tercero, consistente en una medalla acuñada en su honor en 1910, con ocasión de haber sido electo Director de la Real Academia de la Historia

Se ha dicho que D. Marcelino presentía, y lo anunció en varias de sus obras, su próxima muerte (138); y así es, en efecto: cuando en 1904 vino á Sevilla á honrar nuestras fiestas del quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, y en este mismo lugar le oimos decir: "mi mente, que comienza á sentir el cansancio propio de quien ha traspasado, no sin labor árdua, la mejor parte del camino de la vida (139)", sentimos una vaga inquietud, aumentada al siguiente año en el discurso de la fiesta del centenario del *Quijote* en la Universidad de Madrid, al evocar sus memorias de aquella casa, "memorias que ya, á la hora presente", decía, "no puedo renovar, sin cierta especie de melancólica dulzura, anuncio cierto de que la puesta de sol se aproxima. Acaso no volverá á sonar mi voz en este recinto, acaso será esta la última vez en que vestiré la toga, insignia de mi profesión antigua" (140). Pero estos presentimientos, así esbozados en 1904 y 1905, pasaron, y sólo en sus últimos escritos puede en-

contrarse algo parecido. En la segunda edición de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, fechada en 1911, se lee: "nadie, y menos quien se despidió hace tiempo de la juventud, puede hacer largos cálculos sobre la duración de la vida, y la que Dios fuese servido de concederme, pienso emplearla en otro proyectos literarios de ejecución menos ingrata" (141). Revelan todas estas citas, que el hombre estaba preparado, hacía mucho tiempo, para el gran día; que, como fiel creyente, no temía la muerte, que Dios le otorgó, tal como se lo había pedido, en su ciudad natal,

.... mi dulce Cantabria, tierra santa,
La tierra de los montes y las olas,
Donde ruego al Señor mis ojos cierre
Sonando, cual arrullo, en mis oídos,
Lento el rumor de su arenosa playa (142).

Tal fué el hombre, tal fué el escritor, y lástima que mi pluma no haya acertado á pintároslo de un modo aproximado, ya que la exactitud no sea posible, porque la grandeza del sujeto no cabe en los estrechos límites de este trabajo No he pretendido juzgarle, porque, como dijo él muy bien: "es grave error creer que los contemporáneos pueden ser los mejores jueces de un autor. Por lo mismo que sienten más la impresión inmediata, son los menos abonados para formular el juicio definitivo. Conocen demasiado al autor para entender bien su obra, que unas veces vale menos y otras vale más que la persona que la ha escrito" (143) La posteridad le hará justicia; "las demasías de nuestra crítica ya las

corregirá el tiempo, que es, en definitiva, el gran maestro de todos, sabios é ignorantes" (144). Las generaciones venideras reconocerán todo su mérito y colmarán de elogios al sembrador, que, como ha dicho un crítico (145), "arrojó simiente de ideas, no cizaña de noticias insignificantes".

No temo, señores Académicos, haber incurrido en el defecto que, según el eximio polígrafo, "parece inseparable de todo biógrafo...., el de inclinarse demasiado al panegírico" (146) Huyendo de caer en él, temiendo que el cariño y la admiración me cegaran, he procurado citar casi siempre juicios ajenos; he copiado cuantas veces me ha sido posible las propias palabras del maestro, para que, al menos, hubiese algo bueno en este trabajo, y porque "es natural que lo que de él se diga lo diga con sus propias palabras, puesto que son insustituíbles", como ha dicho un distinguido periodista (147). Si, esto no obstante, hubiese incurrido en aquel defecto, vosotros me lo perdonareis, teniendo en cuenta que fué mi maestro, más aún, que fué mi amigo. Nos unió la comunidad de estudios, aunque siempre me considere de él á la distancia que nuestro Juan Ginés de Sepúlveda se consideró de Erasmo, y pude decir con el doctísimo hispalense: "tú has llegado á la cumbre y yo ando todavía al pie del monte" (148). Ferviente admirador de su ciencia, tendré siempre más presente su bondad, y recordando su dulce memoria, repetiré aquellas palabras de Stacio á Virgilio, que Menéndez y Pelayo aplicaba á su maestro Milá (149):

Longe sequor et vestigia semper adoro.

NOTAS

1.—Prospecto del homenaje á Menéndez y Pelayo en 1910 con motivo de su elección para Director de la Real Academia de la Historia.

2.—Blanca de los Ríos —Número extraordinario de *El Universo*, Madrid, Mayo 1912.

3.—Estudio preliminar de las Poesías de D. Amós de Escalante, página XLV. *(Estudios de crítica literaria*, IV, pág. 216).

4.—*Ibid.*

5.—*Ibid.*

6.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, II, pág. 417.

7.—San Isidoro. Discurso en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, 1881, pág. 119. *(Estudios de crítica literaria*, I, pág. 147).

8.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, I (Primera edición), pág. 208.

9.—San Isidoro, pág. 121. *(Estudios de crítica literaria*, I, pág. 150).

10.—*De las influencias semíticas en la literatura española.—Estudios de crítica literaria,* II, pág. 388.

11.—*Antología de poetas líricos castellanos*, IV, pág. VI.

12.—*Ibid.*, pág XLII.

13. *Horacio en España*, I, pág. 38

14.—*Historia de las Ideas Estéticas en España*, II-vol. II-pág. 621.

15.—Discurso de contestación al de recepción de D. José M.ª Asencio en la Real Academia Española, pág, 28. *(Estudios de crítica literaria,* V, pág. 204).

16.—Prólogo de las Poesías del P. Pedro de Quirós, pág. XLIII.

17.—Ibid. pág. XXIV y *Antología de poetas líricos castellanos*, III, página CXIII.

18.—*Historia de las Ideas Estéticas en España,* II, (vol. II.), pág. 628.

19.—*La Ciencia Española*, I, pág. 79.

20.—*De los Historiadores de Colón.—Estudios de crítica literaria*, III, página. 293.

21.—Discurso de contestación al de recepción de D. Francisco Rodríguez Marín en la Real Academia Española, pág. 57. *(Estudios de crítica literaria,* V, pág 232).

22.—*Vulgarmente* llamada Colombina. *Horacio en España*, I, pág 36.—*Antología de poetas líricos castellanos*, VI, págs. XXXVIII y CCLXXV.

23.—*Historia de las Idéas Estéticas en España*, I, pág. X.

24. - *Estudios poéticos*, 2.ª edición, pág. 217: *A C....*, firmada; Sevilla, Marzo de 1878 y pág. 235: *En el abanico de mi prima*, Abril de 1878. El libro lleva la dedicatoria siguiente: *A C.... su primo Marcelino.*

25.—*Discurso* de contestación al de recepción de D. Benito Pérez Galdós en la Real Academia Española. *Estudios de crítica literaria*, V, página. 87.
26.—*Mundo Gráfico*, Madrid, 22 Mayo 1912.
27.—*Obras completas de M. T. Cicerón*, traducidas del latín por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, I, pág. IX. (Biblioteca clásica).
28.—*Razón y Fe*, XXXIII, pág. 284.
29.—*La Ciudad de Dios*, LXXXIX, pág. 313.
30.—*Razón y Fe*, XXXIII, pág. 297.
31.—*Marcelino Menéndez y Pelayo. (Su vida y su obra)*, por Andrés González Blanco.
32.—*Diario Montañés*. Santander, 29 Mayo 1912.
33.—*Obras completas de M. T. Cicerón*, I, pág. IX.
34.—*La Ciencia Española*, III, pág. 21.
35.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, I, (1.ª edición, pág. 21).
36.—*Ibid.* II, pág. 130.
37.—*Ibid.*
58.—*La Ciencia Española*, II, pág. 292.
39—*Horacio en España*, I, pág. XLVI.
40.—*De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y principalmente de los precursores españoles de Kant.* Discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. *(Estudios de crítica filosófica*, pág. 217).
41.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, I. (2.ª edición), pág. 27.
42.—*Tirso de Molina. (Estudios de crítica literaria*, I, pág 172).
43.—*Historia de los Heteredoxos Españoles*, I, (1.ª edición), pág. 215.
44.—*La Ciencia Española*, I, pág. VIII.
45.—P. A. Astrain, *Razón y Fe*, XXXIII, pág. 299.
46.—*Historia de los Heteredoxos Españoles*, I, (1.ª edición), pág. 29.
47.—*Ibid.*, II, pág. 679.
48.—*Ibid.*, I, (2.ª edición), pág. 9.
49.—Contestación al discurso de recepción de Menéndez y Pelayo en la Real Academia de la Historia, pág. 56.
50.—*Historia de los Heteredoxos Españoles*, I, (1.ª edición), pág. 39.
51.—*Ibid.*, I, pág. 321.
52.—*De los historiadores de Colón.* *Estudios de crítica literaria*, II, página 292.
53.—*Historia de las Ideas Estéticas en España*, II, pág. 127, *nota.*
54.—*De las vicisitudes de la filosofía platónica en España.* Discurso leido en la Universidad de Madrid. *Ensayos de crítica filosófica*, página 185.
55.—*Antología de poetas líricos castellanos*, V, pág. CCLXIII.
56.—*Discurso* de contestación al de recepción en la Real Academia de la Historia, de D Antonio Rodríguez Villa, pág. 107.
57.—*Horacio en España*, I, pág. X.
58.—*Ibid.*, II, pág. XIII.

59.—*Horacio en España*, I, pág. XLIII.
60.—*Ibid.*, II, pág. 33.
61.- *Ibid.*, pág. 32.
62. - *Historia de las Ideas Estéticas en España*, I. pág. XI.
63.—*Ibid.*, pág. IX.
64.—*Ibid.*, pág. XII.
65.—D Angel Avilés. Discurso de contestación al de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, pág. 88
66.—D. Ramón Menéndez Pidal, *Diario Montañés*, Santander, 29 Mayo 1912.
67 —*Historia de la poesía hispano-americana*, I, pág IX.
68.—*Antología de poetas hispano-americanos*, I, pág IV.
69.—*Historia de la poesía hispano-americana*, I, pág. X.
70.—Publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*
71.—*Discurso* de contestación al de recepción de D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la Real Academia Española.
72.—Prólogo al tomo de *Odas, epístolas y tragedias*, de Menéndez y Pelayo, pág. LXXIX.
73.—*Ramón Lull. La Ciencia Española*, III, pág. 7.
74 —*Cultura literaria de Miguel de Cervantes. (Estudios de crítica literaria*, IV, pág. 5).
75.—El P. Zacarías Martínez. Velada necrológica de *El Debate*, pág 36.
76.—*Discurso* en el certamen de Sevilla, 1904, pág. 6.
77.—Juan de Valdés: *Diálogo de la Lengua*.
78.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, II pág. 172.
79.—*Marcelino Menéndez y Pelayo. (Su vida y su obra)*, por Andrés González Blanco, pág. 65.
80.—Artículo publicado en *El Universo*, Madrid, Mayo de 1912.
81.—*La Ciencia Española*, III, pág. 22.
82.—*Discurso* en el certamen de Sevilla, 1904, pág. 6.
83.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, III, págs. 300 y 301.
84.—*Discurso* de contestación al de recepción en la Real Academia Española, de D Francisco Asenjo Barbieri, pág. 46.
85.—*Historia de las Ideas Estéticas en España*, I, pág. X.
86. - Prólogo á la *Historia de la Literatura Española*, de Fizmaurice-Kelly, traducida por Bonilla y San Martín.
87.—*Discurso* de contestación al de recepción en la Real Academia Española, de D. Francisco Asenjo Barbieri, pág. 47.
88.—Velada necrológica de *El Debate*, pág. 58.
89.—*Epístola al egregio espíritu de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, por D. Ramón de Solano. Velada necrológica de *El Debate*, pág. 11.
90.—Carta en contestación á la de Menéndez y Pelayo, titulada: "*In dubiis libertas*". *La Ciencia Española*, II, pág. 386
91.—*Discurso* de contestación al de recepción de D. Francisco Asenjo Barbieri en la Real Academia Española, pág. 47.

92.—Prólogo á la *Historia de la Literatura Española*, de Fizmaurice-Kelly, traducida por Bonilla y San Martín, pág. VI.

93.—D. Angel Avilés, *Discurso* de contestación al de recepción de don Marcelino Menéndez y Pelayo en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pág 89.

94.—*Ibid*, pág. 88.

95.—*Marcelino Menéndez y Pelayo. (Su vida y su obra)*, pág. 114.

96.—Homenaje organizado por el Centro de Defensa Social de Madrid y celebrado en la Biblioteca Nacional el 4 de Junio de 1912.

97.—Artículo publicado en *La Época*.—García Romero, *Apuntes para la Biografía de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, pág. 79.

98.—*La Ciencia Española*, I, pág. XIV.

99.—*Discurso* en el certamen de Sevilla, 1904, pág. 7.

100.—*Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*, pág. 6

101.—*D. Francisco Martínez de la Rosa. (Estudios de crítica literaria)*, I, página 247.

102.—*Poesías de D. Amós de Escalante.* Estudio crítico preliminar, página XXXV. *Estudios de crítica literaria*, IV, pág. 206.

103.—*Discurso* en la inauguración del monumento á D. José M.ª de Pereda, pág. 4.

104.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, III, pág. 336

105.—*Estudios de crítica literaria*, II, pág 171.

106.—*Ibid.*, III, pág. 183.

107.—*Discurso* en la fiesta literaria del Congreso Eucarístico de Madrid, 1911.

108.—Réplica al P. Fonseca. *La Ciencia Española*, III, pág. 84

109.—*Discurso* de recepción en la Real Academia Española. *Estudios de crítica literaria*, I, pág. 4.

110.—*Cultura literaria de Miguel de Cervantes (Estudios de crítica literaria*, IV, pág 3)

111.—*Antología de poetas líricos castellanos*, tomo XII, pág. 479.

112.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, I, (2.ª edición), pág. 70.

113.—*Discurso* en el certamen de Sevilla, 1904, pág. 6.

114.—*Razón y Fe*, XXXIII, pág. 280.

115.—*Discurso* de contestación al de recepción de D Francisco Asenjo Barbieri, ya citado, pág. 42.

116.—*Historia de las Ideas Estéticas en España*, II, (volúmen II), pág. 645.

117.—*Discurso* de recepción en la Real Academia de la Historia, pág. 7.—*Estudios de crítica literaria*, I, pág. 82

118.—*Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*, pág. 19.

119.—Sesión del 21 de Mayo de 1912.

120.—*De las vicisitudes de la filosofía platónica en España.*—*Estudios de crítica filosófica*, pag. 89.

121.—Advertencia preliminar á *La Ciencia Española*, (3.ª edición), página XIV.

122.—*Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*, pág. 19.

123.—*El Imparcial*, Madrid, 20 Mayo 1912.

124.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, II, pág. 689

125.—*De las influencias semíticas en la Literatura Española. Estudios de crítica literaria*, II, pág. 400.

126.—El P. A Pérez Goyena, *Razón y Fe*, XXXIII, pág. 279.

127. *La Ciencia Española*, I, pág. 232.

128.—*Ibid.*, II, pág. 166.

129.—*Contestación de un tomista* (El P Joaquín Fonseca), *á un filósofo de renacimiento*, pág 46.

130.—*Ibid.*, pág 114.

131.—Prólogo á las *Odas, epístolas y tragedias* de Menéndez y Pelayo, página XII.

132—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, I, (2.ª edición), pág. 31.

133 P. A. A-train, *Razón y Fe*, XXXIII, pág. 301

134.—D. Juan Valera, *Homenaje á Menéndez y Pelayo*, I, pág XIX.

135.—*El Quijote de Avellaneda.—Estudios de crítica literaria*, IV, pág. 144.

136.—*Dos opúsculos inéditos de D Rafael Floranes y D Tomás Antonio Sánchez*, pág. 36. Revue Hispanique, XVIII

137—*Don Quijote*, segunda parte, capítulo XXXI.

138.—*El Imparcial*, Madrid, 20 Mayo 1912.

139.—*Discurso* en el certamen de Sevilla, 1904, pág. 5

140.—*Cultura literaria de Miguel de Cervantes. Estudios de crítica literaria*, IV, pág 4.

141.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, I, (2.ª edición), pág. 34.

142.—*Cartas á mis amigos de Santander. Odas, epístolas y tragedias*, página 29.

143.—D. Benito Pérez Galdós, *Estudios de crítica literaria*, V, pág. 91.

144.—*Ibid.*, pág 92.

145 González Blanco, obra citada, pág. 65.

146.—*Discurso* de contestación al de recepción de D. Antonio Rodríguez Villa, en la Real Academia de la Historia, pág 112.

147.—D. Angel Herrera, director de *El Debate. Homenaje* de este periódico, pág. 5.

148.—*Historia de los Heterodoxos Españoles*, II, pág. 90

149.—*Discurso* de contestación al de recepcion en la Real Academia Española, de D. Ramón Menéndez Pidal, pág. 81, y *Antología de poetas líricos castellanos*, XI, pág. 132.

Discurso pronunciado por
el Director de la Academia
Don José Bores y Lledó.

Eminentísimo y Reverendísimo Señor, Señores Excelentísimos, Señores Académicos: deuda de honor, que nunca será lo debidamente pagada, ha querido satisfacer en el día de hoy la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, consagrando esta sesión solemne á honrar la memoria del maestro esclarecido, cuya pérdida lloran las letras españolas.

Unid á sus méritos extraordinarios, la circunstancia de ser individuo preeminente de esta Corporación, y á nadie sorprenderá nuestro duelo, ni extrañará que el dolor embargue nuestras almas, considerando, que si al arrebatárnoslo la muerte, arrancó á los vergeles de la sabiduría una de las más hermosas y brillantes flores, de nuestro humilde, de nuestro pequeño, pero amadísimo jardín, se ha llevado la más preciada, la mejor de ellas.

¡Menéndez y Pelayo! Al conjuro de su nombre, surge en nuestra mente con el recuerdo de su figura imborrable, no el historiador, no el crítico, no el teólo-

go, no el filósofo, no el literato, no el humanista, no el bibliófilo, no el poeta, sino la síntesis de todas esas disciplinas, fundidas en conjunto armónico en su privilegiada inteligencia, constituyendo la más grandiosa, la más universal, la más total labor de cultura que registran los siglos.

Pero labor, que inspirada en primer término en un propósito de reparación patriótica, en el propósito de reivindicar para España, á la que tanto amaba, el elevado concepto que merece, tuvo como sello especial y signo distintivo un carácter, marcadamente, genuinamente, singularmenente español; porque Menéndez y Pelayo fué ante todo y sobre todo, el admirable artífice, que recogiendo los diseminados materiales de la cultura patria, purificándolos en el crisol de su incomparable crítica, clasificándolos y ordenándolos con su observación metódica, abrillantándolos con los destellos de su genio potente, y agrupándolos en un todo de gigantescas proporciones, reedificó el majestuoso edificio espiritual de la Ciencia Española, cuyos cimientos descansan en los inconmovibles ejes de la Teología y de la Filosofía, y cuyas esbeltas agujas se pierden allá en los risueños cielos de la Poesía y del Arte.

Y no se piense acaso, que Menéndez y Pelayo, fuera un compilador ó un comentarista de la labor ajena, ni menos aún, uno de aquellos bibliófilos de quienes tan donosamente se burlara en su réplica á D. Gumersindo de Azcárate, diciendo que limitan sus investigaciones á la portada y al colofón, sin penetrar en las interioridades del volúmen, para ellos tan cerrado de ordinario como el libro de los siete sellos.

No. A la manera del genial arquitecto, que pretendiendo reedificar un soberbio pero derruído palacio,

utiliza en su reconstrucción los más sólidos y valiosos materiales, así el polígrafo insigne puso á tributo la ciencia acumulada por sus predecesores; y enlazando el pasado con el presente, recogiendo el oro purísimo y deshechando la escoria, levantó, pero con traza propiamente suya, exclusivamente suya, el alcázar suntuoso de su labor titánica, donde no se sabe qué admirar más, si la selección exquisita de los componentes, la solidez y majestuosidad de la obra, ó el talento inconmensurable que la concibiera, la presidiera, y la llevara á término.

La personalidad de Menéndez y Pelayo, ofrece, señores, al estudio, tantos y tan varios aspectos, como dilatadas y mútiples fueron las esferas de su cultura científica y literaria. Esto no obstante, pueden reducirse á tres sus cualidades más salientes, agrupando en este número, por razón de sus analogías y concomitancias, las diversas materias á que consagró sus extraordinarios talentos.

Amante de la verdad: enamorado de la belleza: depurador de la una y de la otra, buscó la primera en sus pristinas fuentes y fué filósofo; inquirió la segunda en las geniales expresiones del pensamiento, y fué literato; comparó, contrastó, doctrinas, sistemas, escuelas, teorías y obras, y fué crítico; pero con tal unidad de acción, de pensamiento y de método, que todas, absolutamente todas sus producciones fueron á un tiempo mismo, críticas, literarias y filosóficas.

Ya el señor Hazañas, de la manera magistral y elocuentísima que él sabe hacerlo, y que con tanta delectación todos hemos escuchado, ha ofrecido á vuestra consideración, en una admirable síntesis, entre otros, los aspectos crítico y literario del Maestro; permitidme

que para completar su personalidad, dedique yo algunas observaciones al filósofo; observaciones pobres y modestas como mías, más pobres y más modestas aún en la ocasión presente, en que rendido al peso del dolor, ni se cómo acierto á coordinar mis ideas, y os dirijo la palabra en cumplimiento de un deber inexcusable (1).

*
* *

Para apreciar, Señores, en toda su magnitud, la portentosa labor filósofica de Menéndez y Pelayo, es indispensable darse previa cuenta de la situación y desarrollo de la Filosofía en España, cuando aquél apareció como esforzado paladín en el palenque de las ciencias y las letras.

Nadie lo ha expuesto tan acertada, tan concretamente como él. Rota, dice en el prólogo de la *Historia de los Heterodoxos*, la tradición científica española de los últimos años del siglo XVIII, nada más desmedrado y pobre que la enseñanza de la Filosofía en nuestra patria en la primera mitad del siglo XIX.

Y así era en efecto. En auge el Enciclopedismo; queriendo levantar la cabeza el Materialismo nominalista y sensualista; difundido el Empirismo frenológico; generalizada la filosofía Escocesa de la escuela de Edimburgo; propagado el Krausismo; en boga el Doctrinarismo; defendidas unas y otras ideas por García Luna, Mata, Cubi, Martí Eixalá, Contero, y Donoso,—este último aún no acertadamente orientado;—y debatiéndose entre todos y contra todos, en una labor, más bien negativa ó de oposición, que positiva ó de afirmaciones, el Tomismo representado por Jaime Balmes, la verdad

(1) Alude á la pérdida reciente de una hija.

filosófica corría peligro de naufragar en aquel proceloso piélago erizado de escollos y de sirtes.

Y tanto era mayor el peligro de naufragio, cuanto que los que se decían cultivadores de la Ciencia, fija la mirada en las doctrinas que de Heidelberg había importado Sánz del Río, y volviendo la espalda á las enseñanzas de los que, para gloria de la patria, habían derramado á torrentes la sabiduría en desconocidos ú olvidados volúmenes, aseguraban enfáticamente, por boca de Azcárate, de Salmerón, de Revilla, de Perojo, que la filosofía española era un mito, que ni había ejercido influencia en las escuelas, ni dejado otro rastro que el de un escolasticismo decadente.

Para deshacer tan grave error, era necesario un talento de primer orden, que, conocedor del tesoro de nuestra filosofía, lo pusiera al descubierto pulimentándolo con el buril de su crítica; y la Providencia, que en sus altos designios vela siempre por los fueros de la verdad, y llegado el momento oportuno suscita á los encargados de mantenerla, hizo surgir á un mozo casi imberbe, á un adolescente recién salido de las aulas, á Menéndez y Pelayo, en fin, que herido en sus más puros y nobles sentimientos, en su amor á la Ciencia y en su amor á la Patria, saltó á la liza para defenderlas, y redujo al silencio á sus adversarios, demostrando, que existía una filosofía española, fecunda en sistemas y derivaciones; que esa filosofía había ejercido una influencia extraordinaria; y que siendo el genio español eminentemente católico, la filosofía ortodoxa era la española por antonomasia

Revelando una erudición que asombra, Menéndez y Pelayo abrió ante los atónitos ojos de sus contendientes el libro de la Historia, y evocados por él, salieron

de sus páginas y formaron en línea de batalla todos los grandes filósofos españoles de nuestro siglo de oro; y Luís de Vives, tan profundo como olvidado, según Hamilton; y Raimundo Lulio, más sintético aún que Santo Tomás, en frase de D. Francisco de Paula Canalejas; y Fox Morcillo, el filósofo prestantísimo, elegantísimo y doctísimo, que le llamó Gerardo Vosio; y Francisco Suárez el escolástico; y Gómez Pereira el psicólogo; y Francisco Sánchez el escéptico; y Miguel Servet el panteísta, desfilaron llevando en sus manos á guisa de trofeos sus famosísimos tratados de Filosofía; y quedó demostrado hasta la saciedad, sin asomo, sin sombra de duda, con la eficacia y la fuerza de lo indiscutible, de lo ejecutoriado, que Luís de Vives, sembrador de sistemas, creador de la filosofía crítica, reformador del método, había sido el precursor de Bacón y de Descartes, quienes siguieron en un todo sus orientaciones; que Raimundo Lulio, el fecundo autor de los cuatrocientos tratados, el impugnador de Averroes, el fundador del armonismo y de la unidad de la Ciencia, había inspirado á Hegel, sin caer como éste en la unidad panteísta; que Fox Morcillo, el que dijo mucho en poco, según la gráfica expresión de Gabriel Naudeo, el conciliador de Platón y de Aristóteles, según Boivin, el defensor de las ideas innatas, había sido el iniciador de la onto-psicología; que Francisco Suárez, el reformador del tomismo rígido, el que tantos días de gloria proporcionó á la Escolástica, sacándola del dédalo de divisiones, subdivisiones, distinciones y atenuaciones en que la habían sumido los indigestos discípulos de Escoto, había creado la escuela congruista que después siguieron Perronne y Taparelli; que Gómez Pereira fué, como muy acertadamente dijo don Juan Valera, el fundador del psicologis-

mo moderno; que en el escepticismo de Francisco Sánchez habían inspirado el suyo Montaigne y Charron, copiándolo servilmente; y que el panteísmo de Miguel Servet había determinado el panteísmo de Kant y demás corifeos del Racionalismo contemporáneo.

Es decir, señores: que Menéndez y Pelayo no sólo demostró la existencia de una filosofía española, copiosísima en las varias direcciones de esta ciencia, sino que esa filosofía había ejercido una influencia tan grande, tan extraordinaria, tan decisiva, como que de ella se derivaban todos, absolutamente todos los sistemas filosóficos modernos.

Su labor, á tal propósito, hállase contenida en las famosas cartas que dirigiera á D. Gumersindo Laverde Ruíz, á D. Alejandro Pidal y Mon, al Director de *La España* y á D. Juan Valera, recopiladas bajo el sugestivo título de *Ciencia Española*, y en sus discursos y monografías *Raimundo Lulio, Pedro de Valencia, Ensayos de crítica filosófica, Vicisitudes de la filosofía platónica en España* y *De los orígenes del escepticismo y de los precursores españoles de Kant*.

Pero, donde la pontencialidad filosófica de Menéndez y Pelayo se manifiesta en todo su vigor y lozanía, demostrando que el genio español ha sido siempre eminentemente católico, es en su obra magna, en su obra filosófica por excelencia, en la *Historia de los Heterodoxos Españoles*.

Tomando como punto de partida la aparición del Cristianismo en nuestra península, y en el bien entendido supuesto de que la Teología y la Filosofía son ciencias tan afines, que es hipócrita, en frase del maestro, la distinción averroista entre la verdad filosófica y la teológica, Menéndez y Pelayo va puntualizando uno

por uno, cuantos errores han encontrado en España eco ó partidarios, para deducir en definitiva que la verdad ortodoxa ha sido siempre el más rico patrimonio de nuestro nacional acervo.

Empezando por el anticuado Priscilianismo y acabando por el moderno Positivismo, no han escapado á su examen ni los mártires más ténues del error, y delineándolos en sus rasgos más salientes, escudriñando sus repliegues más ocultos penetrando en lo más íntimo de su entraña, y evidenciando las falsedades de sus postulados, Menéndez y Pelayo destruye, aniquila, pulveriza, cuanto se opone á la verdad, y el Arrianismo, y el Maniqueismo, y el Adopcionismo, y el Averroismo, y el Quietismo, y el Protestantismo, y el Jansenismo, y el Enciclopedismo, y el Racionalismo, quedan derrotados y maltrechos por el invencible mantenedor de la Ortodoxia.

Labor, señores, magna por lo intensa, erudita por copiosa, teológica por lo fundamental, filosófica por lo profunda, crítica por lo atinada, histórica por lo minuciosa, y noble y española sobre toda ponderación, por lo elevado y patriótico de las intenciones. Hubiera escrito sólo Menéndez y Pelayo la *Historia de los Heterodoxos*, y sin ser un tratado de filosofía propiamente dicho, habría que diputar á su autor por el filósofo más grande de su siglo.

La Historia de los Heterodoxos, si notable en todos sus aspectos, pasma y maravilla por la suma de datos que atesora y por el estudio que presupone. Achaque frecuente, aun de escritores concienzudos, ha sido el aceptar las referencias de otros sin compulsarlas; pero Menéndez y Pelayo jamás procedió así. Guardador escrupulosísimo de la veracidad, quiso beberla en las más

puras y directas fuentes, examinando bibliotecas, rebuscando archivos, escudriñando papeles y mamotretos; leyendo, anotando y estractando cuantos libros, escritos y documentos convenían á su propósito, de modo tal, que apenas se concibe cómo pudo, en pocos de sus juveniles años, realizar la labor inmensa de búsqueda, de examen y de crítica que llevó á cabo, labor de tan extraordinaria magnitud, que bastaría ella sola á llenar la vida de muchos hombres provectos. Por algo dijo en una ocasión solemne D. Antonio Maura, que Menéndez Pelayo, muriendo relativamente joven, había vivido más que muchos nonagenarios

La obra que nos ocupa, no guarda analogías con ninguna otra, ni siquiera con la *Historia de los Herejes Italianos* de César Cantú, en que, al decir de algunos, se inspiró el ilustre santanderino. Original en grado sumo, su autor no se limita en ella á historiar ideas y personajes en la forma inorgánica y fragmentaria que lo hicieron entre otros el padre Flores y D. Vicente de la Fuente, sino que profundizando en las causas que dieron origen á la aparición de las doctrinas, y en los móviles que impulsaron á sus propagadores; enlazando con maravillosa correlación las unas con los otros, y haciendo resaltar así sus puntos de contacto como sus características diferencias, ha legado á la posteridad una historia orgánica de la heterodoxia española, tan completa, tan acabada, que ni habrá quien la iguale ni menos quien la supere.

Al pie de ese grandioso monumento podría escribirse la famosa leyenda que coronaba las columnas de Hércules, *non plus ultra*, no más allá.

Pero á todo esto preguntareis: ¿á qué escuela filosófica pertenecía Menéndez y Pelayo?

No ha mucho, en una popularísima Revista de gran circulación, uno de esos eruditos á la violeta, que hablan de *omnia ré scibilia,* sin preparación ni estudio previo, teniendo sin duda en cuenta que Menéndez y Pelayo fué católico ferviente, y que una gran parte, la inmensa mayoría de los católicos, siguen en Filosofía las normas del Tomismo, calificó al maestro de escolástico, revelando al hacer tan gratuíta afirmación, que no había pasado la vista por las obras del gran polígrafo, donde repetidas veces dijo, que el Tomismo ni era la única ni la mejor de la Filosofías.

Su profesión de fe filosófica, por así decirlo, hállase en una carta que 1877 dirigió desde Florencia á don Alejandro Pidal y Mon, donde se expresa en los siguientes términos: "no soy tomista á la hora presente: quizá lo seré mañana. Lo cual no quiere decir que yo tenga pretensiones filosóficas, que en un pobre bibliófilo fueran absurdas. Pero sé que cada hombre está obligado á tener más ó menos su filosofía, no sólo práctica sino especulativa. Ahora bien, esa filosofía, por lo que á mí toca, no es otra que el *Criticismo vivista*".

Obsérvese, que Menéndez y Pelayo no se declara discípulo incondicional de Vives, sino simple partidario de su criticismo filosófico. Y era natural que así fuese. Su talento inconmensurable no podía amoldarse á las estrechas reglas de un sistema, aceptándolo sumisamente y sin restricciones. Quédese eso para las medianías, que incapaces de buscar la verdad por su propio esfuerzo, se alistan---rectificaré---nos alistamos como soldados de fila en una escuela determinada. El ilustre pensador iba más allá; y aceptando el criticismo vivista como punto de partida y norma de método en sus investigaciones, buscaba la verdad por sí mismo, tomándola donde la encontraba.

Por eso, era admirador entusiasta del gran filósofo sevillano independiente, Sebastián Fox Morcillo, de quien dijo: "la verdad total no la ha alcanzado el To-mismo ni ninguna Filosofía como tal Filosofía, pero de-bemos aspirar á ella. ¿Y dónde encontrar mejor direc-ción que en el armonismo de la Filosofía española, so-bre todo en Fox Morcillo?"

Por eso, como muy acertadamente decía nuestro respetable compañero, el señor González Merchant, en la elocuentísima oración fúnebre que pronunciara en las solemnes honras que por iniciativa de esta Real Aca-demia se celebraron en sufragio por el alma de Menén-dez y Pelayo: "la filosofía de éste sabe á Aristóteles y á Santo Tomás, y á Vives y á Balmes, y no es de ningu-no de ellos, sino de él, y sólo de él."

Por eso, en fin, pese á la excesiva modestia del maestro, Menéndez y Pelayo fué creador de escuela propia; de una escuela que podríamos denominar Criti-cista armónica; escuela católica á marcha martillo, co-mo la llamó Pidal, pero que no es tradicionalista como la de Donoso, ni tomista como la de Fray Ceferino, ni ultramontana como la de Gaume, ni autoritaria como la de Demaistre; porque aspirando al conocimiento, no de una parte de la verdad, sino de la verdad toda, la busca por medio de un prudente eclecticismo sintetiza-do en el *in dubis libertas*, del doctor cartaginés.

Menéndez y Pelayo fué, pues, filósofo ecléctico; pero no—como él tuvo muy buen cuidado de advertir-lo—en el sentido de pretender conciliar la verdad y el error en una síntesis, sino en cuanto admitía la verdad, viniera de donde viniese, sin supeditar la propia razón

*
* *

y el propio criterio á la razón de los maestros ó al criterio de una escuela determinada

Ya conoceis, señores, someramente al filósofo: réstame, para concluir, delinearos en los que considero sus rasgos más salientes la figura del hombre de ciencia

En los tiempos que corren, es, por desgracia, el escepticismo la nota saliente, la nota característica y morbosa de la humanidad. En religión, como en filosofía, como en moral, como en ciencia, como en arte, hasta como en relaciones sociales, impera una absoluta falta de fé, y una más absoluta falta de orientación, que se traduce en vacilaciones de todo orden

La apostasía es cosa corriente; y no porque el convencimiento mueva á variar de criterio, sino porque no hay criterio, y los hombres marchan al azar como ciegos faltos de lazarillo

Débese esto, en mi humilde opinión, de una parte á carencia de sólidos estudios, y de otra á un inmoderado afán de posiciones á cuyo logro todo se sacrifica Y como no se busca la verdad, sino la conveniencia, las ideas se dejan á un lado como bagaje que estorba, y, en cambio, se cultiva intensamente el campo de las personalidades que son las que pueden dispensar favores.

Pues bien, oigamos al maestro: "Yo, dice, peleaba por una idea, jamás he peleado contra una persona".

¡Qué lección, señores, la que nos da Menéndez y Pelayo en estas palabras, de perseverancia en el estudio para alcanzar la verdad, de fé en la verdad una vez adquirida, de energía y de fortaleza para defenderla!

A tales normas de conducta respondió su vida entera. Estudió constantemente, asiduamente, para encontrar la verdad; y cuando la hubo encontrado, creyó en

ella con fé inquebrantable, y la defendió sin tener para nada en cuenta sus particulares conveniencias.

Y como quien así se conduce, no sólo alcanza el afecto de los que comparten sus ideas, sino la consideración de los que las impugnan, Menéndez y Pelayo mereció, á par del cariño de sus amigos, la estimación y el respeto de sus adversarios; y al abandonar este mundo para volar á las mansiones eternas, ocupó, por derecho propio, por derecho de conquista, un lugar preferente en el templo de la Inmortalidad.

He terminado, señores, pero no he de sentarme, sin cumplir antes un deber tan inexcusable como grato: el de dar las gracias en nombre de la Real Academia de Buenas Letras, á cuantos en cualquiera forma han contribuído al mayor esplendor de este acto. Las doy en primer término, al Eminentísimo Príncipe de la Iglesia que nos preside; las doy también á los Excelentísimos señores Capitán General, Gobernador Civil, Presidente de la Excelentísima Diputación Provincial, Rector de la Universidad, y demás autoridades que nos honran con su presencia; las doy así mismo á la Academia de Bellas Artes y á su digno Presidente, por su generosidad en cedernos el local donde nos encontramos; y las doy, por último, á todos los presentes, que al acudir á nuestro llamamiento han realizado un acto de españolismo, tributando el homenaje de su admiración y de su respeto á uno de los hombres más grandes que la patria española ha producido.

He dicho.